Su lugar secreto

Placía sobre la orilla del arroyo. Con sus ojos cerrados al mundo y su mente abierta a los sueños. Ahora se veía tan tranquila, su figura dormida rebozaba paz.

—Vamos al río, tengo ganas de darme un chapuzón que me moje hasta el alma —fue lo que me dijo al verme cuando salía de su habitación con un semblante triste.

—¿Ha pasado algo? —tan solo pude articular esa pregunta.

Ella me observó, y sin decir palabra alguna, me tomó de la mano y salimos a toda prisa mientras su mirada inquietante revisaba que nadie nos viera.

—Ha sido una casualidad que hoy esté yo aquí —fue lo único que se me ocurrió decir al verme tomado por asalto por la persona que más quería en el mundo, y quien siempre producía el efecto de dejar mis pensamientos en blanco.

—¡Entonces es tu día de suerte! —me contestó sonriendo mientras giraba su elegante cuello.

Cuando por fin salimos, caminamos por un sendero en medio de un bosquecito detrás de su casa. Yo vestía de manera formal, pero estaba más preocupado por saber que algo le inquietaba, que porque se me fuera a ensuciar la ropa. Ella por su parte iba descalza, solamente con un vestido color negro.

—Debo irme pronto —le dije, sintiendo más pesar por ella que por mí.

—Ya casi llegamos, no estaremos mucho —me dijo, dándome una mirada que hizo ver a toda la belleza de la naturaleza en ese momento como algo insignificante.

Tras eso mi corazón se acelero más, así que apreté su mano dándole a entender que no la dejaría sola.

El murmullo del agua llegó pronto a nuestros oídos, nos adentramos más en el bosque y la humedad del lugar chocó con nuestra piel. Hasta que el ruido del arroyo nos envolvió por completo, de pronto la temperatura era más sofocante, como que nos invitaba a saciar nuestro calor en las refrescantes aguas.

Sorprendido por el sitio en donde me encontraba, cual paraíso alejado de todo el mundo, suspiré completamente asombrado.

—Bienvenido a mi lugar secreto —me dijo la dulce voz de mi bella acompañante.

Nuestras miradas se cruzaron y se perdieron la una en la otra, haciendo que nuestros corazones se aceleraran, así lo noté en ella también al ver que su respiración se agitaba del mismo modo que la mía.

—Quiero que el agua me lave hasta el alma —volvió a decirme.

Aún seguíamos tomados de la mano luego del recorrido hasta este su lugar secreto. Después de parpadear un par de veces, su mirada fue hasta la mano que nos mantenía unidos. Al darme cuenta hacia dónde miraba, la deje liberarse gentilmente, sintiendo hasta el último roce de sus dedos. Ella al verse ya sin ninguna atadura, levantó ambas manos y las posó sobre mi pecho, y luego destellando con el sutil movimiento de sus brazos, colocó el dedo índice de su mano izquierda sobre mis labios, lo mantuvo ahí mientras el dulce tono de su voz me decía:

—Este será nuestro secreto.

Luego sonrió con picardía y me derritió por completo. Y tras mantener aún su dedo sobre mis labios, con la mano que tenía sobre mi pecho se apoyó para llegar hasta mi costado, en donde suavemente sus labios húmedos me hablaron al oído solo para hacer que mi cuerpo se viera inundado de sensaciones.

—Vamos a nadar —me dijo tranquila, con un jugoso susurro que me hizo estremecer.

Tras apartarse un poco de mí, sus manos oscilaron de mi cuerpo al suyo. Me miró fijamente a los ojos y, mordiendo su labio inferior, muy lentamente se fue desnudando hasta dejar caer su negro vestido hasta sus tobillos. Como no traía nada más, quedó con el más fino y delicado ropaje que la naturaleza le pudo haber brindado, por lo que pude ver ante mí la figura más perfecta que he contemplado en toda mi vida.

Su blanca piel resplandecía con los rayos del sol que se asomaban entre las hojas de los arboles.

Me miró una vez más con sus bellos ojos negros que resaltaban con el blanco color de su piel perfecta de mujer, se acercó a mí y con una sola de sus miradas entendí lo que quería. Mis manos se movieron rápidamente, librándome de todo lo que traía encima, hasta que estuve desnudo junto a ella. De pronto todo era una realidad aparte, este era ahora nuestro mundo. Sonrió y pude ver que su rostro iluminaba mi existencia muchísimo más que el sol.

Nuevamente me tomó de la mano y me condujo a sumergirme junto a ella en el vaivén del agua. De inmediato éramos uno solo, nuestros cuerpos se unieron por el suave roce del transparente líquido.

Entonces vi a la mujer maravillosa que escondía, cual niña a la que el mundo y sus problemas no le hacen daño ni le preocupan, pues ser feliz es todo lo que sabe y todo lo que necesita.

Chapoteaba y me invitaba a su juego. Reímos sin parar, sin tener noción del tiempo, pues las horas y los minutos ya no existían. Entre juegos nuestros cuerpos se acercaban y terminábamos acariciando al unísono el rostro del otro, como descubriendo un territorio nuevo, asombrados por algo maravilloso.

Luego corrimos y chapoteamos más, hasta que no pudimos con el cansancio que nos hizo dirigirnos de nuevo a la orilla. Salimos del agua habiendo dejado en ella las impurezas del alma, el miedo al qué dirán y otros tantos dilemas de la vida.

Tranquila se posó en la orilla donde había dejado su vestido negro, y recostándose en la hierba cobijó su cuerpo desnudo con él, cubriendo solamente su torso y dejando que el sol le secara con calidez su bella piel.

Aún después de tanto tiempo de que eso pasara, cierro los ojos y puedo observarla ahí tranquila, serena, dormida luego de haber jugado encantada como niña en aquel arroyo, sin importarle el salpicar del agua que más bien le hacía sentir a gusto, pues estaba en su lugar secreto.